

Androgenización de “La joven homosexual” de Freud

Jesica Ramirez

Si bien coincido plenamente con la lectura del texto que plantea considerar la **androgenización de la joven** en una matriz de subjetivación que sostiene relaciones de poder invisibilizadas, binarias, jerarquizadas y reproductoras de la heterosexualidad como régimen político, me centraré fundamentalmente en algunas cuestiones.

Quiero detenerme en primera instancia en la invisibilización de la erótica lésbica mencionada en el citado trabajo **tomándola aquí en su dimensión política**, en su vertiente disciplinadora y la función allí del psicoanálisis y la clínica psi encarnada por el mismísimo Freud. Él habla de un solo caso, mencionándolo como una extrañeza. ¿Podemos ver en ello un comentario ingenuo? ¿O hay allí una verdadera toma de posición? Si bien habla de su frecuencia, decide llamarla ‘un único caso’.

Decir que de algo “hay poco”, encubre la idea que ello no es “lo normal”, lo normal en su vertiente estadística, “lo que más hay”, llevando allí al desplazamiento devenido en teorización como “lo que debe haber”, lo que no es un desvío.

La elección del mismo género **no deja de verse para este psicoanálisis como un desvío**: de la pulsión, desvío del objeto, como dice en el texto mencionado ‘si sólo dispones de un martillo (con este psicoanálisis) no puedes ver más que clavos’. Lo que Freud afirma y reafirma no es más que la función heteronormativa del psicoanálisis, y es allí donde justamente se pierde la potencia subversiva del mismo. La clínica se convierte en **policial, disciplinadora y normalizadora**, diluyéndose el sentido posible del psicoanálisis como herramienta de subversión. En coincidencia con lo expuesto, **el historial da discurso a la heteronormatividad, la sostiene y la fundamenta teóricamente** (se constituye como política de lo sexual) y es allí donde reside el mayor problema de las derivaciones clínicas de estas posiciones. ‘Es verdad - dirá Freud en la carta a la madre de un paciente- que la homosexualidad no es una enfermedad’. No obstante, no deja de ser para él un destino no ideal, una fijación. No es un universo posible y adecuado como sí lo es la heterosexualidad.

Vemos entonces cómo el **psicoanálisis “jerarquiza” algunas sexualidades por sobre otras (la familia cristiana monogámica y reproductiva se erige como salida ideal del Edipo)**, en un proceso en el cual incluso ser madre es el destino adecuado para una mujer.

Dice Freud en la Carta a la madre de un paciente (Viena 9-4- 1935)

La homosexualidad, desde luego, no es una ventaja, pero tampoco es nada de lo que haya que avergonzarse. No es un vicio, ni un signo de degeneración, y no puede clasificarse como una enfermedad. Más bien la consideramos una variación de la función sexual, originada en una **detención** del desarrollo sexual.

En su **elección del término detención** puede vislumbrarse la posición desde donde se expresa el autor, echando luz a su vez sobre su postura evolucionista. Hay llegadas y detenciones, hay desvíos y metas ideales. Vemos nuevamente cómo, desde la teorización, da sustento a la heterosexualidad reproductiva como el camino ideal y esperado.

En el historial dirá:

Nuestro caso integraba aún otros factores desfavorables. La muchacha no era una enferma -no sufría por motivos internos ni se lamentaba de su estado- y la labor planteada no consistía en resolver un conflicto neurótico, sino en transformar una de las variantes de la organización sexual genital en otra distinta.

Esta labor de modificar la inversión genital u homosexualidad no es nunca fácil. Mi experiencia me ha demostrado que sólo en circunstancias especialmente favorables llega a conseguirse, y aun entonces el éxito consiste únicamente en abrir, a la persona homosexualmente limitada, el camino hacia el otro sexo, vedado antes para ella, restableciendo su plena función bisexual.

Queda entonces entregado plenamente a su voluntad el seguir o no dicho camino, abandonando aquel otro anterior, que atraía sobre ella el anatema de la sociedad, y así lo han hecho algunos de los sujetos por nosotros tratados.

Pero hemos de tener en cuenta que también la sexualidad normal reposa en una limitación de la elección de objeto, y que en general la empresa de convertir en heterosexual a un homosexual llegado a su completo desarrollo no tiene muchas más probabilidades de éxito que la labor contraria, sólo que ésta última no se intenta nunca, naturalmente, por evidentes motivos prácticos.

Retomemos aquí la idea de que ‘nadie pide salir de la heterosexualidad “por evidentes motivos prácticos”’, vemos allí cómo nuevamente se omite la heterosexualidad como régimen político, con el psicoanálisis puesto a sus servicios, **nuevamente como matriz de subjetivación, disciplinando el desvío.**

Por otra parte, la lectura de este trabajo y del historial me llevó insistentemente a pensar en un texto de Spivak: *¿Puede hablar el subalterno?*¹

Este texto -siendo muy sintética- plantea que **quien se encuentra en dicho lugar, el de subalterno, por más que pueda hablar (que físicamente hable) no goza en realidad de la posibilidad de ser escuchado. Se expresa o dice, pero no es escuchado. Justamente cuando hable/sea escuchado dejará de serlo.**

¹Spivak, Gayatri Chakravorty. *¿Puede Hablar el Subalterno?* El Cuenco del Plata 2011.

Dentro del trayecto borrado del sujeto subalterno, las huellas de la diferencia sexual están doblemente borradas. No se trata de la participación femenina en la insurgencia, ni tampoco de las reglas básicas en la división del trabajo, aunque para ambas cuestiones haya “pruebas”. La cuestión es más bien que ya sea como objeto de la historiografía colonialista, ya sea como sujeto de la insurgencia, la construcción ideológica del género (gender) conserva a lo masculino como dominante. Si en el contexto de la producción colonial el subalterno no tiene historia y no puede hablar cuando ese subalterno es una mujer se encuentra aún más profundamente en las sombras.²

Nos preguntamos entonces ¿Pudo hablar la joven homosexual? ¿Pudo hablar Dora? ¿Puede hablar la mujer?, o planteando la pregunta correctamente... *¿el psicoanálisis las ha escuchado?* ¿O tal como dice el texto, el modo de escucha ha sido la acomodación a la androgenización como posición posible? La justificación de **continente negro** o de **la Mujer no existe** van en la misma dirección. La propuesta es entonces **invitemos aquí a hablar, pero con analistas que puedan escuchar.**

Freud habla de su miedo, de que no le gustaría tenerla de enemigo. ¿A qué teme Freud? ¿Temerá la respuesta a su propia agresividad encubierta en su teorización? Dejemos ese interrogante.

En tercer lugar y con perdón de los perros, la lectura de Allouch me produce escozor tanto por la joven como por los perros. No dejo de ver allí una posición política en la cual lo que se destaca es nuevamente **una lectura donde no se escucha lo que se dice. Donde se disciplina, se calla y se refuerza la opresión. Eres como un perro así que sostiene tu docilidad.** En términos del idioma castellano no podemos omitir el concepto de subordinación allí implícito, con claras connotaciones incluso peyorativas. Me pregunto entonces... todo aquel que intenta alzar la voz deviene amo?. Si la mujer o la joven hablan... ¿solo pueden hacerlo desde ese lugar?. Por otra parte “si ella no se analiza, no es también o además porque allí no hubo analista que pueda escuchar-la”?, entonces la pregunta sería: ¿no hubo analizante o no hubo analista? (considerando a su vez que el pedido de tratamiento fue con fines normalizantes y no por parte de la joven).

Con las debidas disculpas por lo planteado en el texto **ya no creo ni en las buenas intenciones**, sí que no hay posibilidad en todos estos autores (ni en los actuales) de poder ver una erótica por fuera de la masculinización, de las significaciones fálicas.

Me despido citando a Liliana Felipe en su tema “Las histéricas somos lo máximo”.

¡Ay, Segismundo, cuánta vanidad!
Infantiloide malsano, el orgasmo clitoriano.
¡Ay, Segismundo, cuánta vaginalidad!
El orgasmo clitoriano, se te escapa de la mano.
¡Ay, Segismundo! De tan macho, ya no encajas.
No me digas que el placer es pura paja.

² Op. cit.

Me pregunto.. entonces podremos construir un psicoanálisis que vaya más allá de esa heteronormatividad, de esa vaginalidad, del reduccionismo genital- fálico- biológico reproductivo- esencialista? ¿Seguirá siendo psicoanálisis? ¿Será ese el desafío?

Por otra parte, ¿podremos escuchar voces encarnadas en lo femenino sin verlas como fálicas, masculinas, reactivas, rencorosas? ¿Podrá entonces hablar el subalterno?